



ACTUALIDAD

1

EL FIN DE UNA ETAPA, EL COMIENZO DE UN TIEMPO

José María BENEGAS

Se puede decir que estos ocho años de gobierno socialista han cerrado una etapa y han abierto un tiempo nuevo. Han cerrado la etapa de consolidación de una España moderna, definida en sus relaciones internacionales, políticamente vertebrada, ajustada a su espacio y su tiempo. Han hecho realidad la modernidad del país, lo han ceñido a su nuevo entorno, a la Europa de los años 90, con sus problemas y sus esperanzas.

Y en este sentido hemos comenzado un tiempo nuevo. Ahora ya los problemas de España se parecen mucho a los del resto de Europa, especialmente a los de los países de desarrollo intermedio, pero están ya lejanos del problema de España, del obsesivo pesimismo al que se vieron abocadas sucesivas generaciones por la agobiante conciencia de que el país se en-

contraba en un callejón sin salida. Hoy España tiene esperanzas reales, y no simplemente ilusorias, de avanzar por el camino del progreso y la modernización, de aproximarse a los países desarrollados en el sentido más positivo del término. Creo que por primera vez en este siglo el pueblo español es dueño de su propio futuro y depende de sí mismo.

Hoy la democracia está asentada y el régimen parlamentario basta y sobra para asegurar la gobernabilidad.

Basta ver cuántos países se han visto arrastrados a un pozo de desesperanza por la crisis económica y sus secuelas, o cuántos toman por referencia lo logrado por España en sus intentos de salir de ella, para comprender que estamos ahora ante desafíos nuevos. Merece la pena plantearlos y pensar cómo podemos llegar a afrontarlos.

El primero es el de la gobernabilidad: España ha sido tradicionalmente un país ingobernable por medios democráticos, en el que el empate catastrófico entre los diferentes intereses conducía a situaciones de bloqueo en las que una de las partes (casi siempre la misma) terminaba recurriendo a la fuerza para decidir el equilibrio a su favor y mantenerlo así establemente mediante la represión.

Hoy, por el contrario, la democracia está asentada, y el régimen parlamentario basta y sobra para asegurar la gobernabilidad. No sin problemas, ciertamente. A ellos haré referencia más adelante. Baste señalar aquí que el Partido Socialista ha tenido por ocho años, y sigue teniendo, el suficiente apoyo social para asegurar la estabilidad del gobierno. Hay una clara mayoría de progreso, cristalizada gracias al realismo y la moderación pragmática de la gestión socialista, y hay razones para pensar que esa mayoría de progreso no está en juego: la reconversión del área comunista, pese a la obcecación de algunos de sus dirigentes, sólo puede conducir a sus votantes y militantes, a medio plazo, a la convergencia en el área socialista como gran causa común de la izquierda española, a

semejanza de lo que parece estar ocurriendo también en Europa y especialmente en Italia.

Además, un elemental principio de realismo lleva a los partidos nacionalistas, PNV y CIU, a buscar la negociación con el gobierno socialista. Si a esto sumamos que el descalabro del CDS en dos elecciones consecutivas, como consecuencia de su imagen de connivencia con la derecha, le ha llevado también a posiciones de negociación y apoyo (en aras de la gobernabilidad) al gobierno socialista, parece razonable decir que el mantenimiento de la mayoría de progreso como eje de la política española está garantizado, más allá de los propios votos socialistas, que por sí mismos son suficientes, y por consiguiente también la estabilidad.

Señalaba anteriormente que la democracia está asentada, pero no exenta de problemas. En efecto, la consolidación de una derecha creíble como alternativa de gobierno ha sido durante una buena parte de la transición, y hasta hoy, una de las asignaturas pendientes de nuestra democracia. Desde que las disputas ideológicas y las peleas de notables (los barones) hicieron saltar al gobierno de la UCD, la incapacidad de la derecha política para elaborar una oferta coherente al centro sociológico le ha llevado a posiciones de exasperación que pretendían poner en cuestión la legitimidad misma del régimen democrático, en nombre, eso sí, del mismo principio democrático.

Las amenazas de echarse al monte, abandonando el Parlamento, la negativa al diálogo si no se aceptan de antemano sus posiciones, la pretensión de obtener cuotas de poder superiores a la representación que les daban las urnas, han sido episodios recurrentes durante los años de gobierno socialista. Se diría que hoy el lenguaje es aparentemente más razonable. Sin embargo, el proyecto estratégico de la derecha española sigue sin estar fundamentado en un programa alternativo al socialista. Más bien cabe

pensar que algunos dirigentes del Partido Popular están empeñados en alcanzar el poder político mediante la búsqueda del descrédito personal de los líderes socialistas o el ataque descalificador a los valores que ha representado el PSOE a lo largo de su historia. En todo caso, uno de los problemas de la democracia española y, en buena medida, causa de la pobreza del debate político reside en la ausencia de un programa conservador que pudiera ser confrontado como alternativo al socialista.

Mi principal preocupación reside en los riesgos de una práctica política que no pretende construir sino fundamentalmente descalificar y destruir al adversario. Una democracia, además de las normas constitucionales, tiene reglas no escritas que los grandes partidos, aquellos que pueden acceder a responsabilidades de gobierno, deben respetar y hacer respetar. La confrontación política debe ser digna en el terreno de la controversia de las ideas, de los proyectos y de los programas que, siendo contradictorios, aspiran legítimamente a ser mayoritarios en la sociedad. No todo debe valer en política. Cuestionar la esencia última de la democracia, como supone poner en entredicho las garantías y limpieza de los procesos electorales sin ningún fundamento, o acusar de corrupción a los gobernantes sin aportar las correspondientes pruebas ante los jueces constituyen ejercicios de grave irresponsabilidad política en la construcción y consolidación democrática de un país, tarea que debe ser permanente en cualquier sociedad y más en una democracia joven como la española.

No se debe deteriorar gratuitamente algo tan importante en una democracia como es la confianza de los ciudadanos en sus gobernantes, depositarios de la voluntad popular. El desacuerdo con sus programas o acciones de gobierno y su crítica son algo legítimo e inevitable cuando se ejerce el poder político adoptando decisiones y afrontando los problemas. Pero la incertidumbre gratuita sobre

la honorabilidad y rectitud de la acción de los gobernantes, al margen de sus aciertos o errores, comporta inevitablemente la pérdida de legitimación del sistema democrático, y conduce a un peligroso alejamiento de los ciudadanos de algo tan noble como es la política entendida como preocupación por los asuntos colectivos.

Frenemos las tendencias de autodestrucción que, de tiempo en tiempo, surgen en la sociedad española a través de sus élites políticas, intelectuales o periodísticas y que tantos males han causado a lo largo de nuestra historia. Nuestro sistema de partidos es todavía frágil y la capacidad de sustitución de los dirigentes de las diferentes opciones políticas limitada. La democracia requiere de tradición y hábitos asentados, y éstos se adquieren con el necesario transcurso del tiempo para que sus principios y valores arraiguen no sólo en la mente sino también en el corazón de los ciudadanos.

¿Podremos contar algún día en España con una derecha respetuosa de las reglas del juego no escritas de una democracia y que confronte en buena lid sus programas políticos? Sería deseable para la gobernabilidad del país, y habríamos superado una asignatura pendiente de nuestra joven democracia.

El otro elemento de preocupación para el funcionamiento del sistema reside en la actitud de algunos medios de comunicación. Es obvio que en una democracia los medios de comunicación deben ser críticos, pero desde

La consolidación de una derecha creíble como alternativa de gobierno ha sido una de las asignaturas pendientes de nuestra democracia.

el rigor. No vale acusar de arrogancia al poder político mediante el propio uso de la arrogancia, y de la descalificación impune. La grandeza está en la crítica de lo criticable y en el reconocimiento de lo elogiabile. También en la rectificación del error o del falseamiento de los hechos con los mismos caracteres con que han sido difundidos. Lo contrario no es el ejercicio de la libertad de expresión: es una tropelía.

Si una profesión se prestigió durante la recta final de la dictadura y los primeros años de la transición democrática fue el periodismo. Entonces la lucha por la verdad, la ilusión por recuperar las libertades, y el desafío a la represión del sistema incluidos los riesgos personales, fundamentaron el prestigio de una digna profesión. El periodismo serio y riguroso, ese periodismo que puede cometer errores pero que no se ampara en la mentira, en la difamación o en la pura intoxicación informativa, alcanzó éxitos notables en nuestros medios de comunicación durante esta etapa. Sin embargo, ese logro de un colectivo profesional se desvirtúa hoy por la actitud de algunos medios de comunicación, y una respetable profesión corre serios riesgos de desprestigio general porque no todo puede valer en una sociedad democrática. Los medios de comunicación, cualquiera que sea su ideología originaria, o la de las empresas que los sustentan, deben estar al servicio de algo tan simple, pero a la vez tan grande y noble, como es el respeto a la verdad por encima de todo, incluido el índice de ventas o de audiencias del producto que elaboran. Cuando el respeto a la verdad no

Nuestro sistema de partidos es todavía frágil y la capacidad de sustitución de los dirigentes de las diferentes opciones políticas limitada.

constituye el límite de lo infranqueable en la labor periodística se produce —como escribió Gumersindo de Azcárate— la tendencia a sustituir el interés que el periódico debe despertar a fuerza de arte, habilidad, cultura, perspicacia y buen gusto, con el malsano y momentáneo que le dan el noticierismo, las personalidades, los chismes y el escándalo.

Es preciso recuperar para la sociedad española el periodismo serio y responsable. El que está al servicio de la información y de la verdad. El que practica la crítica del poder desde el rigor, la verificación de los hechos y el lenguaje correcto, aunque sea implacable en ella.

Se trata de construir un país sólido, riguroso y digno en todos los aspectos de su vida pública. Es evidente que esta tarea es responsabilidad, en buena parte, de los políticos. Pero a ella también deben contribuir en la misma medida todos aquellos que por su influencia son conformadores de la opinión pública del país. Si, además, la derecha se decantara definitivamente hacia posturas de moderación tendríamos definitivamente configurado un panorama de normalización política en el que la alternancia en el gobierno (por supuesto, siempre legítima en una democracia) no implicaría ningún problema de gobernabilidad. Como ya se puede suponer, los socialistas haremos lo posible para que esto no ocurra, pues creemos en nuestro propio proyecto. Pero es muy importante que pueda ocurrir, no ya sin sobresaltos, sino sin tan siquiera la sombra de una marcha atrás en nuestro sistema democrático o una incertidumbre para la gobernabilidad del país.

El segundo gran desafío es el de mantener el crecimiento económico. Los resultados de los últimos años son espectaculares, pero no dejan de plantear problemas. El primero es que el crecimiento debe mantenerse establemente si queremos acabar con el problema del paro, o al menos reducirlo a cifras que

sean socialmente tolerables y no supongan un drama para familias enteras. Y aquí es fácil ver que chocamos con el riesgo de que la inflación y la balanza de pagos nos obliguen a un ritmo menor de crecimiento: nuestro rápido crecimiento ha creado desequilibrios que pueden poner en peligro la continuidad del crecimiento. Por ello sería muy deseable un gran acuerdo nacional sobre los objetivos y ritmos del crecimiento, para que el conflicto entre intereses particulares no acabe conduciendo a un callejón sin salida.

Los socialistas no concebimos el crecimiento de la riqueza como un objetivo en sí mismo sino en función de la prosperidad general y de las aspiraciones de todos los hombres y las mujeres por alcanzar aquellos mínimos económicos que posibiliten su aspiración a la felicidad. Y entendemos el papel del Estado como intermediario entre estos principios y la tendencia humana al egoísmo y a la insolidaridad. Tendencia que, protegida desde el poder, termina siempre por consagrar las más brutales desigualdades.

Hay un segundo punto imprescindible para asegurar nuestro crecimiento futuro. La salida de la recesión ha provocado una explosión de la demanda de servicios y del uso de las infraestructuras. Y hemos descubierto que nuestras redes de servicios y nuestra infraestructura eran claramente insuficientes para una sociedad en expansión económica y social. Sería fácil decir que se ha tratado de una imprevisión por nuestra parte, y que deberíamos haber invertido más en servicios e infraestructura desde el primer momento. Pero esto nos lleva a la idea que ya tantas veces he manejado: partiendo de todas las carencias no se podía invertir en prever necesidades futuras, lo que era imprescindible para cubrir las necesidades ya existentes. Aun así la derecha nos ha acusado sistemáticamente de mantener un gasto público en expansión: el gasto necesario para crear las infraestructuras que ya son patentemente nece-

Una respetable profesión, el periodismo, corre serios riesgos de desprestigio general porque no todo puede valer en una sociedad democrática.

sarias sólo puede abordarse ahora, pero esto implica un tiempo de ajuste entre la demanda y la oferta que constituye sin duda un grave problema.

Ahora bien, lo importante es que estos problemas son normales, son problemas que exigen acierto en la actuación y ya no grandes decisiones, y éste es el principal activo a favor de los socialistas en nuestra gestión. Se ha superado la etapa de las grandes definiciones, de las decisiones históricas, y viene el tiempo de la gestión cotidiana, de la administración acertada. No es poco, y muchos gobiernos querrían poder haber dejado esta herencia.

Esta perspectiva puede hacer pensar que para los socialistas no quedan grandes tareas pendientes, tan sólo profundizar en lo ya hecho. No es así: tenemos varias grandes tareas pendientes. Una es culminar con acierto el papel que debe desempeñar España en el nuevo orden político internacional que se está gestando a partir de la quiebra de los sistemas comunistas, la unificación alemana y la redefinición, como consecuencia de todo ello, del nuevo mapa europeo. Un nuevo orden político internacional se fraguará en los próximos años y la definición de nuestra situación y papel en el mismo es esencial para el futuro de España. La otra gran cuestión pendiente es la de adecuar la cultura política nacional, y la nuestra, a los tiempos muy distintos que vamos a vivir. Es cierto que no hemos podido contar en esta tarea con medios de comunicación que nos la facilitarían, pero el hecho es que hoy debemos

Los socialistas no concebimos el crecimiento de la riqueza como un objetivo en sí mismo sino en función de la prosperidad general.

tratar con una sociedad escindida entre una cultura neoconservadora y una vieja cultura de izquierda, y que a veces nos resulta muy difícil hacer llegar a la sociedad nuestra visión de lo que es una cultura progresista frente al fin de siglo y los grandes cambios que se están produciendo. A estas dos grandes cuestiones pendientes me referiré a continuación.

El desmoronamiento de los sistemas comunistas significa, entre otras cosas, que estamos ante un cambio de civilización. A partir del fracaso comunista ningún modelo que no arranque de la libertad como valor universal podrá ser propuesto desde la izquierda. Cobra hoy, después de setenta años, especial vigencia la respuesta de Fernando de los Ríos a Lenin. «¿Libertad, para qué? Libertad para ser libres.» La caída del muro de Berlín conduce inevitablemente a la unificación alemana. Como demócratas, no podemos oponernos a la misma, aunque ello no debe suponer que olvidemos sin mayor reflexión el pasado. Las tentaciones expansionistas alemanas, las dos grandes guerras y sus orígenes, las tendencias de sus élites intelectuales a considerar a Alemania como «nación central», «corazón de los pueblos» o «pueblo con misión salvífica planetaria», forman parte de la historia europea de este siglo, que no sólo no conviene olvidar, sino que es menester tener presente para construir un futuro europeo que no incurra en los errores y brutalidades del pasado. Es obvio que, independientemente de los costes de la unificación en el corto plazo, surgirá una nueva Alemania en el concierto europeo con

gran poder político y económico, lo que puede conducir a nuevas aspiraciones hegemónicas. Se abre una etapa de la historia europea en la que los equilibrios derivados de la segunda guerra mundial han quedado rotos y obsoletos sin que, por el momento, hayan sido sustituidos por un nuevo orden político que garantice la paz y la cooperación entre los pueblos de modo estable y duradero. No es que la paz esté amenazada en un proceso en el que la distensión ha desempeñado un papel decisivo, sino que estamos en un momento de transición en el que el viejo orden europeo no ha sido sustituido todavía por uno nuevo y el proceso no está exento de riesgos. La incertidumbre sobre el destino de la *perestroika* en la Unión Soviética, el resurgimiento de los nacionalismos y movimientos secesionistas, y los brotes crecientes de racismo y xenofobia en algunos países europeos constituyen sombras y riesgos nada despreciables sobre el futuro de Europa. Entramos en una etapa en la que, por consiguiente, es primordial la tarea de redefinir un nuevo orden político que garantice la estabilidad y la paz, mediante un sistema de cooperación económica fundamentado en la solidaridad, y un esquema de seguridad compartida aceptado por los países europeos, la Unión Soviética y Estados Unidos. Desde esta perspectiva la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea adquiere singular trascendencia por poder constituir el marco adecuado en el que se alcancen los objetivos antes expuestos. La Comunidad Europea va a constituir un factor de estabilidad de primer orden en todo el proceso y más, si cabe, en los momentos de riesgo. Su fortalecimiento, cohesión y avance hacia la Unión Europea debe ser tarea prioritaria del socialismo democrático.

Si siempre ha sido cierto —aunque no bien comprendido en nuestro país— que la verdadera política es la política exterior, hoy lo es más que nunca, no sólo por lo que acontece, sino porque lo exterior condiciona cada vez más intensamente la política in-

terior. Bien es verdad que la Comunidad Europea no puede considerarse como un valor exterior porque participamos desde dentro de la misma, en sus problemas y en su construcción. Pero sí lo es la definición del papel que queremos que desempeñe España en el concierto de las naciones europeas. La tarea realizada hasta el presente nos permite, al menos, plantearnos la cuestión sobre nuestro futuro desde la convicción de que por primera vez en mucho tiempo dependemos de nosotros mismos. A continuación debemos añadir que vivimos en un mundo en que nadie nos va a regalar nada y que, por consiguiente, el futuro de España depende del esfuerzo de los españoles para alcanzar los objetivos nacionales que predeterminamos con el máximo consenso posible.

La poderosa Alemania pretenderá consolidar una posición hegemónica manteniendo su influyente presencia en la Comunidad Europea al mismo tiempo que dirige sus nuevos esfuerzos a la conquista de los mercados emergentes en la Europa central y oriental. Los nuevos equilibrios europeos deben tener su fundamento en lograr que Alemania permanezca estrechamente vinculada en todos los órdenes a la Comunidad Europea compartiendo la unión política, la unión económica y monetaria y los avances que se produzcan en una política exterior y de seguridad común. Será necesario estar atentos y combatir cualquier tendencia que surja en el seno de la sociedad alemana que pretenda la vuelta al concepto de «país central», desvinculado de la Europa Comunitaria y de sus compromisos en materia de seguridad.

Si pretendemos este objetivo y además aspiramos a que España no juegue un papel subalterno en la futura Comunidad Europea, creo de un gran valor estratégico que apostemos por la creación del eje Bonn (Berlín), París, Madrid, como elemento de estabilidad e impulso de la Comunidad y como eje compensador del Este emergente. Ahora bien, esta plaza privilegiada para nuestro país en el

concierto europeo está por ganar, constituye una apuesta de futuro. La política exterior de los gobiernos presididos por Felipe González han supuesto avances sustanciales en esa dirección. No obstante debemos ser conscientes de que a un país sólo se le reconoce un papel relevante en el concierto de las naciones por su situación geoestratégica o bien, por su solidez interna, su desarrollo económico y el prestigio y rigor de su política exterior. Tenemos ante nosotros la posibilidad de construir un país que posea estas características y que desde la solidez interna mantenga un crecimiento económico que nos permita acortar distancias con los países europeos más avanzados, y sea, además, respetado en sus planteamientos de política exterior. Este es el gran desafío español para la próxima década. Algunos de los elementos negativos que pudieran impedirlo han sido señalados al inicio de este capítulo. Están detectados y, en su consecuencia, se trata de superarlos eficazmente para construir un gran país con peso específico en el concierto de las naciones europeas.

Señalaba que otra de las grandes tareas pendientes es la de adecuar la cultura política nacional, y la nuestra, a los tiempos muy distintos que vamos a vivir. Es bastante evidente la existencia de una cultura individualista conservadora para la que el único valor es el enriquecimiento a cualquier precio, el consumo ostentoso, que se complace en su propia superficialidad y en su narcisismo, y da de lado cualquier consideración ética o desprecia el valor de la solidaridad. Ya es malo ver cómo esa cultura cunde entre gene-

Estamos en un momento de transición en el que el viejo orden europeo no ha sido sustituido todavía por uno nuevo.

raciones adultas, especialmente entre personas que en un tiempo se enorgullecieron de su pensamiento progresista, pero es peor verla extenderse entre los más jóvenes. Si se generalizan entre los jóvenes la apatía política, la insolidaridad y la pura satisfacción en el consumo, si se desarraigan los principios progresistas entre la juventud, el proyecto socialista se verá gravemente amenazado.

Pero también debemos contar con la vieja cultura de izquierdas, que confunde los principios con la estrategia, y que a menudo reivindica soluciones utópicas para problemas demasiado reales, dejándose impresionar por las palabras. Contra lo que podría pensarse, esta vieja cultura de izquierdas refuerza el ascenso de la ideología conservadora, en vez de contrarrestarlo. Ante las propuestas utópicas sólo cabe finalmente el desencanto, y si el desencanto conduce a la desmoralización acaba dejando paso al cinismo individualista.

El fracaso y fin del comunismo y el éxito de fuerzas conservadoras en las primeras elecciones libres en algunos países del Este ha conducido a los ideólogos conservadores a proclamar el fin de la historia al haberse producido —según ellos— el triunfo universal del liberalismo capitalista. Es cierto que el comunismo pasará a la historia como una respuesta bárbara al capitalismo porque suprimió la libertad dando lugar a dictaduras deleznable, no consiguió la igualdad y fracasó desde el punto de vista de la eficiencia económica.

Una de las tareas pendientes es adecuar nuestra cultura política a los tiempos muy distintos que vamos a vivir.

Desde otra óptica, la historia ha otorgado la razón, de modo irrevocable, a la izquierda que siempre defendió que no podía construirse el socialismo sin libertad y que el socialismo es, en definitiva, la profundización de la democracia en todos los órdenes.

Sin embargo, los conservadores identifican la aceptación universal del mercado con el triunfo irrefrenable del capitalismo. Asimismo, en algunos sectores de la izquierda se supone que el socialismo democrático deja de ser anticapitalista en sus valores para convertirse en mero reformador de los efectos más perversos del capitalismo. La duda puede ser razonable, pero debemos despejarla manteniendo el acervo ideológico socialista como un proyecto de civilización culturalmente anticapitalista que se asienta en valores diferentes a los del afán de lucro personal, a la experiencia vital planteada desde la insolidaridad o el exclusivismo, el desinterés y olvido de las desigualdades e injusticias sociales, el consumismo que todo lo uniformiza o el imperio de la ley del más fuerte en las relaciones sociales.

El socialismo democrático, partiendo de la aceptación del proyecto vital como experiencia inevitablemente individual, debe mantener y, si cabe, acentuar su espíritu emancipador en la medida en que se rebela contra la desigual condición humana para determinar su proyecto vital y combate la existencia de relaciones de dominación y explotación en la sociedad que dan lugar a todo tipo de injusticias. El socialismo democrático y emancipador debe aceptar la economía de mercado, pero oponerse a la cultura y la civilización capitalista que conducen inexorablemente a acrecentar las injusticias y las desigualdades, no solamente entre las personas sino también entre los pueblos.

Los valores del socialismo democrático son éticamente superiores a los del capitalismo. La definición del «interés general» que tenga en cuenta el objetivo de la igualdad en

las condiciones de desarrollo de los seres humanos y los niveles mínimos de protección social que hay que garantizar a cada persona para que pueda ser plenamente soberana en el diseño de su autorrealización, es una meta esencialmente contradictoria con los principios en que se asienta el capitalismo. Sólo el socialismo, fundamentado en los valores de libertad, igualdad, justicia social, tolerancia y solidaridad, puede establecer los cimientos de una sociedad de hombres y mujeres libres que se desarrollan y conviven en condiciones de igualdad, mediante un pacto de solidaridad que permita que todos los miembros de la colectividad alcancen la condición de ciudadanos y personas.

¿Qué puede garantizar el triunfo de estos valores en nuestras sociedades? Sin duda, aunque no exclusivamente, el ejercicio del poder político por las fuerzas de progreso que mantienen valores alternativos a los del capitalismo, es decir, fundamentalmente el socialismo democrático. La derecha pretende descalificar a los socialistas afirmando que lo único que nos preocupa es «el mantenimiento del poder por el poder». El ataque es burdo como en general todo lo que proviene de sectores de la derecha no impregnados de hábitos democráticos. Toda opción no política que se precie de serlo y tenga confianza en la bondad de sus proyectos y programas aspira a conquistar el poder político y a no perderlo. El ataque a los socialistas por la ocupación del poder político democráticamente alcanzado resulta de tal ingenuidad por parte de la derecha que aparece a modo de imploración para que lo cedamos gratuitamente, es decir, sin perder las elecciones. La conquista y mantenimiento del poder político sólo tiene la finalidad de contar con los instrumentos necesarios para hacer realidad un proyecto sobre la condición humana en sus aspectos de organización colectiva. Y entre ellos se encuentra el Estado. El socialismo democrático debe reabrir una inteligente defensa del papel del Estado. No se trata de defender el intervencionismo por sí mismo,

La historia ha otorgado la razón a la izquierda que siempre defendió que no podía construirse el socialismo sin libertad.

pero sí de redefinir las nuevas dimensiones y funciones del Estado que permitan hacer realidad los principios de libertad, igualdad y solidaridad en las sociedades emergentes al término del siglo XX.

Hemos hecho mucho por crear una nueva cultura de izquierdas en estos años, desde nuestras publicaciones y debates hasta el Programa 2.000, pero la apuesta aún está por ganar. Aunque no haya razón para el pesimismo, crear una nueva razón socialista nos llevará aún años. Una razón realista pero que apuesta de forma decidida por el cambio, por abolir lo intolerable y negarse a coexistir con la injusticia, es algo que finalmente nace de la experiencia de la injusticia y de la percepción de que el cambio es posible. En estos años hemos comenzado la tarea sembrando ideas, que es el primer paso inevitable, y ahora nos queda la tarea de convertir estas ideas en un proyecto compartido por quienes apuestan por una opción de progreso en la sociedad española.

Para eso necesitamos el partido, y un partido renovado. Debatir y replantear nuestras propias formas de organización puede parecer un lujo innecesario en momentos en que las responsabilidades de la administración absorben en muchos casos lo mejor de nuestras energías. Pero también era un lujo elaborar y discutir el Programa 2.000, y es un lujo que hemos podido permitirnos.

Con unas ideas y un partido renovados podremos afrontar con confianza los tiempos

que vienen. Y la razón es que no partimos de cero, sino que nos apoyamos en una vieja tradición de ideas, que es ante todo una tradición moral que no debe romperse, y nos apoyamos en la dura y sacrificada historia de miles de viejos militantes, a los que muchos nos hemos remitido para aprender, y de quienes los que vengan en el futuro deberán seguir aprendiendo. Podemos apostar por llegar a ser un partido joven porque por suerte somos un muy viejo partido.

A los militantes y simpatizantes del Partido Socialista Obrero Español, ¿qué puedo decirles? Estas líneas en buena medida han estado pensadas para ellos en la idea de recuperar una cierta perspectiva global de lo que hemos hecho en estos años. Cuando se echa la vista atrás se debe sentir el orgullo de formar parte de una fuerza política que ha sido decisiva en la construcción

de esta nueva España liberada ya de sus lacras seculares y dueña de sus destinos. La realización de ese proyecto ha sido posible gracias al esfuerzo de miles de personas honestas y comprometidas con su tiempo que combaten en todos los rincones de España la injusticia y creen en los viejos y nuevos valores del socialismo democrático: la libertad, la igualdad y la solidaridad. A ellos debo decirles que creo que hemos cumplido satisfactoriamente con el deber moral de vivir comprometidos con nuestro tiempo en la construcción de una nueva España.

Este texto forma parte del Libro de José María Benegas, *La razón socialista. Carta abierta a los socialistas españoles*, que próximamente publicará Editorial Planeta.